

Sobre historiografía del nacionalismo catalán ¹

Xavier Ferré

Universitat Rovira i Virgili

«¿De qué sirven las ciencias sociales si ya hemos fijado definitivamente nuestras definiciones? Yo creo que todavía son válidas porque aún no tenemos una teoría de la nación y aún hemos de entender las distinciones entre nación, nacionalismo y Estado» (Graham I. K. Pollock).

Con las tesis de Marfany sobre la «utopía mesocrática» de los catalanistas de fin de siglo (1995, p. 183) Y el paso del catalanismo al nacionalismo entre 1898 y 1906 (1995, p. 210) ² ha vuelto a actualizarse la polémica sobre la dimensión ideológica y social del nacionalismo catalán que Jordi Solé-Tura propusiera en 1967 con su *Catalanisme i Revolució Burguesa* al identificar un sector del catalanismo con los intereses de la burguesía que, viendo frustrada la dimensión política institucional de Estado a partir de un proceso revolucionario burgués, asumía la reivindicación nacionalista. Las notas que siguen intentan

¹ Las obras que se comentan son las siguientes: Joan-Lluís MARFANY, *La Cultura del Catalanisme*, Barcelona, Empúries, 1995; Pere ANGUERA, *El Catala al segle XIX. De Uengua del poble a llengua nacional*, Barcelona, Empúries, 1997; *Escrips polítics del segle XIX. Catalanisme cultural* [Tom 1], Vic, Eumo Editorial, 1998; *Literatura, pàtria i societat. Els intel·lectuals i la nació*, Vic, Eumo Editorial, 1999; Borja DE RIQUER, *L'últim Cambó (1936-1947). La dreta catalanista davant la guerra civil i elfranquisme*, Vic, Eumo, 1996.

² Marfany distingue catalanismo -defensa de una identidad cultural- de su planteamiento político: «Em considero catalanista en el ple sentit de la paraula i no sóc nacionalista» (1995b: 75). Por otro lado, el estudio de las sociedades territoriales catalanistas las establece entre 1896 y 1906. En este sentido hay que valorar la reedición de «La Vei del Camp», pOltavoz de la «Associació Catalanista de Reus» (1885-1890), para constatar la existencia de entidades previas a la fecha refererida por Marfany y que desarrollaron una significativa labor de socialización de la propaganda y teorización catalanista. Cfr., *La Veu del Campo Periódich de la Associació Catalanista de Reus*, Reus, AER, 1993-1998, IV vols. El tercero, con una introducción sobre los orígenes del catalanismo a cargo de Mercè COSTAFHEDA (pp. 13-57) e índices onomásticos por Jaume MASSÓ CARBALLIDO (pp. 57-109).

perlilar algunas aportaciones -entre los siglos XIX y XX- a este debate historiográfico, con las reflexiones de Joan-Lluís Marfany y las últimas investigaciones de Pere Anguera, estudios, estos últimos, que tratan sobre la concepción cultural y política de la lengua entendida como un factor de cohesión determinante de la realidad nacional catalana. Estos centros de análisis determinan un avance metodológico, por lo que se refiere al establecimiento del «movimiento real» de un catalanismo cultural, social y político dentro de lo que se ha conceptualizado como los «orígenes del catalanismo»³. En cuanto al desarrollo de tendencias políticas, la biografía del último período de Cambó (1936-1947), a cargo de Borja de Riquer, marca una aportación muy significativa de las alianzas políticas de los catalanistas conservadores con el primer franquismo a partir de la hegemonía del republicanismo trentista.

Siempre que se ha tratado del nacionalismo como movimiento político ha existido una cierta «vulgarización» de esta materia desde sectores de las ciencias sociales -posicionados entre el materialismo histórico y el neoliberalismo-, que lo han identificado con ideologías autoritarias y/o reaccionarias por cuanto suponen un *revival* del tradicionalismo agrarista. Es decir, se ha opuesto «nacionalismo» a progreso⁴. Hasta qué punto, pues, se partiría de una preconcepción (política) para sobre-determinar el sentido de las ciencias sociales en relación al posicio-

3 Un progreso teórico muy relevante lo tenemos como novedad con la investigación sobre la biografía de Narcís Roca i Ferrera, a cargo de Toni STRUBELL, *Josep Roca i Ferreras i L'Origen del Nacionalisme d'Esquerres. Assaig basat en l'obra de recopulació duta a terme per Fèlix Cucurull*, Arenys, Els llibres del Set-ciències, 2000. Este historiador pretende plantear la fijación de un programa nacional catalán de izquierdas -asumiendo un socialismo proudhoniano e internacionalista- a partir de la tradición liberal derivada del programa social de la Revolución Francesa y en un marco inicial revolucionario de la Comuna de París (con la propuesta de un republicanismo federal independiente de! español que evolucionaría hacia la autodeterminista confederal, como concreción a una previa independencia política de lo que para Roca i Ferreras són los Països Catalans) a través de la biografía intelectual del científico y humanista Roca i Ferreras (1834-1891). Esta tradición republicana y socialista establecería, según Strubell -en polémica con la tesis de Marfany en *La Cultura...*—, una práctica teórica (y política) nacionalista de izquierdas previa al catalanismo conservador, que sintetizaría la reivindicación cultural con una estrategia política superando un mero planteamiento historicista del catalanismo. Por ello la tradición de Roca i Ferreras proviene, desde el ochocientos, de los liberales y no de los carlistas (El catalanismo sería antitético al carlismo). Cfr. Temi STRUBELL, «El nacionalisme català és teoritzat abans per l'esquerra que per la dreta», *El Punt*, 14 de abril de 2000, pp. 34-35.

⁴ Charles TAYLOR, «Nacionalisme i Modernitat», en Montserrat GUIBERNAU (dir.), *Nacionalisme. Debats i dilemes per a un nou mil·lenni*, pp. 43-75. Una crítica al cos-

namiento hacia el nacionalismo. En esta dirección se defiende una hipótesis de legitimación de los Estados nacionales que ha fagocitado áreas nacionales bien definidas convirtiéndolas en naciones minorizadas (que no minoritarias). Es decir, ha existido la (legítima) articulación de un Estado a través de una nación a partir del «bloque» ideológico-político del nacionalismo de Estado, desprendiéndose la hipótesis de que el Estado hace a la nación, obviando el posicionamiento primordialista de que previo al planteamiento institucionalista se puede definir la variable de naciones culturales que evolucionan -sentido del paso del catalanismo cultural al catalanismo (nacionalismo) político- hacia naciones políticas. Esta última posibilidad reconduciría el debate del nacionalismo de «naciones sin estado» a partir de la defensa política de la identidad nacional.

En este marco metodológico de activación de la identidad política nacional, el estudio de la fenomenología de los catalanistas finiseculares y (nacionalistas) de principios de siglo, Marfany constata, a través de fuentes esencialmente hemerográficas, que los catalanistas procedían de extracción menestral-de clase media- intelectuales y profesionales («treballadors de coll dur»), que eran ambiguos en las propuestas sociales; propuestas que encubrían la división del trabajo conduciendo hacia ideologías paternalistas. Lo que establece este *filólogo* es que el catalanismo «inventa» una simbología y actividades formativas (excursionismo) para legitimar una estrategia de afirmación de la identidad. Pero en este sentido *La Cultura...* parece que olvida contextualizar una respuesta de una comunidad nacional en el proceso de afirmación de lo que he referido como nacionalismo de estado -nacionalismo español en el caso que nos ocupa-⁵. Es decir, en ninguna secuencia de su estudio Marfany apunta la hipótesis de hasta qué punto los catalanistas se proponían con sus afirmaciones culturales y lingüísticas -**primero**-, y posteriormente políticas (en el sentido de organizaciones

mopolitismo liberal, desde el propio liberalismo político, en Will KYMLICKA, «Del cosmopolitisme il·lustrat al nacionalisme liberal», *Idees*, núm. 2, abril/juny, 1999, pp. 26-45.

⁵ Un análisis de la sociología y psicología social del nacionalismo español finisecular a Rafael L. NINYOLÉS, *Mare Espanya. Aproximació al nacionalisme espanyol*, Valencia, Tàndem, 1997. La función de estas entidades catalanistas sería -más allá del enunciado formal de invento de la tradición- divulgar mediante la pedagogía una «descoberta col·lectiva» de la cultura subalterna en aras de un programa pedagógico unitarista —empezando por la oficialidad lingüística del español- de los gobiernos españoles liberales-conservadores del s. XIX. Para la difusión de esta simbología, Mercè COSTAFREDA, *La Veu del Camp...*, vol. III, p. 14.

formales) –a partir inicialmente de los núcleos republicanos herederos de las ideas de Pi i Margall–, contestar al nacionalismo español (al Estado de la Restauración)⁶, que en la crisis colonial de 1898 acoge expresiones expansionistas y en absoluto reconocedoras de la idea de plurinacionalidad⁷. Por lo tanto, existirían catalanistas porque se articulaba simultáneamente un nacionalismo español⁸. Como reconoce el mismo Pollock, «en el proceso histórico las identidades sociológicas y políticas se construyen. El catalanismo emerge en un mundo donde el sistema de estados (capitalistas) se legitima ya en términos de la lógica nacionalista, al contrario de los estados-naciones, que emergen "espontáneamente" y después inventan (o por lo menos dominan) el sistema» (2000, p. 27). E igualmente parece que Marfany opera sobre un cierto economicismo al extrapolar unilinealmente un carácter de clase y un programa ideológico que oscilaría en un torno a un centrismo conservador⁹. Programa que, según afirma, combinaría la «utopía mesocràtica» con «manifestacions racistes i proto-feixistes» (p. 183). En definitiva, el estudio de las bases sociales y culturales de los primeros nacionalistas de Marfany plantea las limitaciones sociológicas de un programa que llegaría a ser hegemónico –con sus variables autonomista y soberanista– a lo largo del primer tercio del siglo veinte. ¿Pero, estas limitaciones son exclusivas del catalanismo político? Marfany apun-

⁶ Un comentario al ensayo de Marfany, que relaciona la cultura política del catalanismo finisecular al resto de culturas políticas (obreristas) antirrestauracionista en Àngel DUARTE, «Una oportunitat per a un debat estimulants», *L'Avenc*, 1999, Gener, 1996, p. 57.

⁷ La tesis de la asunción de un estado plurinacional ibérico como cultura política y «revolución pendiente» en Joan B. CULLA, «La revolución de la plurinacionalidad», *El País*, 14 de abril de 1994, p. 14.

⁸ El nacionalismo de estado articulado en la Restauración de Cánovas del Castillo –basado en el «esencialismo identitario»– sería un factor explicativo central para comprender el surgimiento del catalanismo definido como un «movimiento que discurriría al margen de los circuitos oficiales de la política»; según I30lJa DE RIQUER, «El surgimiento de las nuevas identidades contemporáneas: propuestas para una discusión», *AYER*, núm. 35, Madrid, 1999, p. 50.

⁹ Siguiendo el mismo silogismo sería incomprensible que los teóricos marxistas pudieran elaborar una práctica teórica y política orientada a las clases subalternas porque generalmente su extracción de clase no era proletaria (en términos ochocentistas para entrar en una equivalencia contextual con el estudio de Marfany). En este sentido Marfany debería quizás plantearse si la ideología catalanista-nacionalista no es susceptible de analizarse en términos «aitonomos» en relación a los Olígenes sociales. Para esta última cuestión, Iosep PICÓ, *Cultura y modernidad. Seducciones y desengaños de la cultura moderna*, Madrid, Alianza, 1999 (esp. pp. 212-237).

ta en su epílogo dos cuestiones a desarrollar efectivamente: la evolución del nacionalismo desde Solidaritat Catalana (1906) con el debate -anticipado por el Congreso republicano federal en 1883 a través de Josep Maria Valles i Ribot, y constante en el proyecto de articulación de una «Esquerra Catalana» por parte de Rovira i Virgili- que plantea el autor acerca de la catalanización de las izquierdas republicanas catalanas y la función política de la lengua.

Este último factor ha sido estudiado por Pere Anguera en los casos citados, dentro de una metodología más amplia que analiza actitudes políticas liberales-radicales independentistas catalanas, rupturistas del Antiguo Régimen, desmarcándolas de una tradición carlista y conservadora. Lo que unifica los tres estudios es precisamente el hecho de fijar el proceso de articulación catalanista a través del factor lingüístico (1997) y la vinculación existente con la función de los intelectuales ante el hecho nacional catalán (1999) en la evolución del catalanismo cultural al político (1998), para situar el catalanismo como un fenómeno socialmente transversal e impulsado a través de las clases populares urbanas identificadas básicamente con el republicanismo federal, que -contrariamente a los criterios de Marfany- *no* «es perdria amb el nacionalisme». Ésta sería, pues, la distinción central respecto al posicionamiento de Marfany en el estudio de un proceso -en forma de ciclo largo contemporáneo-¹² de concienciación de una comunidad nacional que partiría de la cultura para llegar a una estructuración

¹⁰ La hipótesis defendida por Marfany es que el catalanismo se disolvería en el programa republicano; más que suponer un planteamiento de izquierdas de los nacionalistas; éstos tendrían sentido originariamente desde el catalanismo conservador de la Lliga Regionalista (1995a, p. 144). La matriz dominante, pues, sería el republicanismo que adopta una ideología catalanista (1995b, p. 77). Por el contrario, existe una línea historiográfica -elaborada desde fuera de la «academia» por el intelectual y estudioso de la historia del nacionalismo catalán Fèlix Cuculull (1919-1996)- que muestra (superando una antinomia entre «catalanismo» y «republicanismo») el progresivo establecimiento de un programa republicano independiente del español con sus bases políticas (Almirall-Valles i Ribot) entre 1880-1883. Cfr. Pere GABRIEL, «Catalanisme i republicanisme federal del vuitcents», en *El Catalanisme D'Esquerres*, Girona, Quaderns del cercle, 1997 (esp. pp. 40-54).

¹¹ «Des de quan [Els] catalans no volen ser espanyols?», *L'Avenç*, febrer 1996, pp. 80-84.

¹² La afirmación citada de Marfany, en el debate con Anguera sobre la génesis del catalanismo en *El País*, 20 de noviembre de 1997. La centralidad del ámbito temporal se establecería, según este historiador, entre 1808-1868. Un avance de esta perspectiva interpretativa (basada en mostrar una consciencia diferenciadora «de l'època contemporània», núcleo formador de una posterior «consciència política reivindicativa») lo

política de su código. La aportación de *El català al segle XIX...* sitúa el debate de la lengua en torno a la configuración de una estrategia política catalanista. El ciclo largo del estudio -desde la crisis del Antiguo Régimen hasta el cambio finisecular- supera el marco «cerrado» de núcleos intelectuales e incide en bases populares (republicanas federales) y entidades asociativas catalanistas. El planteamiento de Anguera (1997, p. 18) -**en** una metodología propia de la historia social del catalán, como estudio de un proceso de sustitución lingüística- es que el *status* de territorialidad lingüística no era una consecuencia del mero uso (informal) de la lengua, sino de una voluntad política que vehicularía -**daría** un sentido nacional- al hecho lingüístico: «quan es deixa de defensar el català perquè és rúnica llengua que el poble entén i domina de debò i només per aquest motiu d'utilitat pública cal mantenir-la, per passar a reivindicar el seu ús en nom del dret de gent (oo.) i de la dignitat nacional» (1997, p. 15). Es decir, el uso social -**el** monolingüismo social del idioma en la contemporaneidad- no suponía una primera defensa política consciente («llengua de poble»). Esto había posible que el ejército español y los políticos se dirigieran en catalán a las clases subalternas. Esta primera etapa, que es donde se manifiesta una clara división social en el uso lingüístico entre el español como lengua «A» (oficial-institucional) y el catalán como lengua «B» (popular), dará paso a la «transmissió cultural» del catalán -**con** propuestas de normativización lingüística- para llegar a la tercera etapa. Este último momento se dará a partir de una estrategia política más amplia de formación de una ideología nacional desde el catalanismo republicano federal -**el** caso aportado por Anguera de Gonçal Serraclara al reivindicar un primer caso de oficialidad lingüística (1997, p. 233)- con el que se iniciará el proceso de institucionalización-reglamentación oficial del catalán («llengua nacional»).

Una traducción de este esquema general entre lengua, sociedad y política, la tenemos con *Literatura, pàtria...*, aunque el subtítulo -*Els intel·lectuals i la nació*- es mucho más explicativo, ya que este estudio se centra en la utilización de fuentes literarias, no tan sólo para radiografiar la sociedad ochocentista, sino para establecer la idea de nación de cinco intelectuales: Antoni de Bofarull, Josep Pin i Soler, Nards Oller, Àngel Guimera y Josep Aladern, estableciendo el sentido de

tenemos en «Catalanitat i anticentralisme a mitjan segle XIX», en *El Catalanisme D'esquerres*, Quaderns del Cercle, 1997, pp. 7-29.

un «doble sentiment patriotic» -más allá de la reivindicación lingüística- «polític amb forts components d'espanyolitat, cultural» con gradaciones de catalanidad mucho menos acentuadas en Bofarull que en Guimerà —el intelectual más claramente nacional catalán de todos los analizados- o Aladern (1999, p. 9). El paso de un catalanismo informal -sentimental- a uno con finalidad política, lo tenemos, pues, en una doble ejemplificación: cómo es interpretada la lengua dentro de un «cuadro político nacionalista» y qué equivalencia tiene ese proceso sentimental-político desde unas élites intelectuales. En este contexto, *Pàtria...* sería la «preocupació» «pel redreçament català i, sobretot, per la dignificació i el reconeixement de la cultura propia» (1999, p. 9). El punto en común de todos estos intelectuales sería establecer un código de reivindicación de los factores objetivos de una nación: lengua, historia, Derecho civil. Ahora bien, el paso -complejo- de la «constatación» a la «representación» política no se agota con los *hommes de lettres* analizados por Anguera y podemos mantener como válida la idea de que en el marco liberal y restauracionista español se asiste a la propuesta de una plurinacionalidad cultural pero en términos de no-ruptura con el Estado español. Por ello una línea metodológica a profundizar, centralmente a lo largo del período XIX-XX, es el estudio de una historia social de los intelectuales en el marco de los Países Catalanes con el objeto de establecer una gradación desde una ideología cultural catalana pero política española hasta una identidad entre cultura y política catalanas¹³. O como destaca Anguera en el análisis -ejemplificado en el caso de Pin i Soler- «d'una tipologia ideologica força estesa, per poc o gens estudiada i sobretot voluntariament deixada de banda pels analistes: la de ls que se senten catalans, fins i tot catalanistes bel.ligerants, en l'aspecte lingüístic, cultural i sentimental, i alhora espanyols, també si cal espanyolistes, en el polític» (1999, p. 82).

¹³ La comparación entre diversas «velocidades» de concienciación política nacional de sectores intelectuales entre el Principado de Cataluña, País Valenciano, Baleares y el Rosellón es necesaria. El estudio más relevante como marco histórico para esta línea investigadora para el caso valenciano -ahora en reedición del ámbito temporal completo- es el trabajo pionero en su época (1971) de Alfons Cucó, *El Valencianisme Polític 1874-1939*, Catarroja-Barcelona, Afers, 1999. La pregunta -guía de este trabajo es comparable -aunque en sentido complementario- a la de Anguera: «Per què al País Valencia es va desenvolupar, al llarg dels segles XVIII i XIX, un sentiment de pertinença nacional-espanyola tan profundament arrelat?» (1999, p. 19). La respuesta, de la «debilitat nacional» de los valencianos, según Cucó, tendría que buscarse a partir del siglo XVI con un proceso de castellanización de la aristocracia.

La síntesis de los dos ensayos nos la aporta *Escrits polítics...*, una antología de textos, para concretar la evolución de la catalanidad lingüística a la política: el sentido de la defensa de la identidad lingüística a través de los «Jocs Florals», el papel pionero de dignificación cultural del asociacionismo excursionista, que llevaría a posicionamientos reivindicadores de una primera forma de catalanismo en la figura de Josep Subirana i Vila planteando una contradicción de organización político-territorial, lugar común de los intelectuales catalanistas: «no está resolt lo problema de si s' pot fondrer una gran nació, formada de diferents pobles y de distint origen, en una sola família, volent imposar un de ells tot lo que li es propi als demás» (1998, p. 10). O para mostrar el paso a primeras formas de práctica política catalanista: «A les Societats Catalanistas toca unir-se i organisar, de comú acord, los medis més apropiats per l'avenç de nostres idees. Als jovens que les professen toca fer propaganda; extendre a totes les rames de nostra activitat lo sello catalanista i patriotic» [(1886) 1998, p. 200].

Pero la práctica catalanista venía determinada por el contexto social y político. Borja de Riquer –en un contexto reciente de capitalización política del pensamiento de Cambó por parte del Partido Popular en Catalunya–¹⁴ nos muestra con *L'últim Cambó...* las «contradiceions historiques del eatalanisme conservador» (1996, p. 274) a través no sólo del papel político de Francesc Cambó, sino de los sectores de la Lliga Catalana que, del denominado «Centro Constitucional» evolucionan hacia una política contrarrevolucionaria en el período 1936-1939 (hegemonizada, según Riquer, en el cielo 1931-1935, cuando los regionalistas se verían desplazados por la izquierda catalanista)¹⁵, cristalizando en tipologías que durante el primer franquismo adoptan formas de total compromiso con el régimen autárquico (Ferran Valls i Taberner y ruptura de su etapa catalanista a través del artículo *La falsa ruta*) o buscan «transiciones}} hacia la monarquía sin ruptura (Joan Ventosa i Calvell) o con una crítica mucho más evidente desde el revisionismo ideológico (Duran i Ventosa, 1996, p. 212). Es decir,

¹⁴ Para situar la polémica, Carles LORENS, «(Cambó? ¿La Lliga?», *La Vanguardia*, 27 de junio de 1995.

¹⁵ La crisis de los años treinta sería el reflejo de la tendencia inidcada entre 1917-1922, con la articulaeión de las propuestas soberanistas entre intelectuales de Acció Catalana: «La Higa s'entestara eada vegada més en la defensa del règim monarquic, postergant les reivindicacions catalanes». Cfr. Borja DE RIQUER, «Presencia», 3 de mayo de 1997, p. 9.

lo que aporta la biografía sobre el Cambó de la guerra y la revolución es una decidida política de propaganda contrarrepblicana -ejercida desde la revista *Occident*, la Oficina «bibliográfica» de París a través de Joan Estelrich o a través de *Ràdio Veritat*. Además Riquer, más allá de estos posicionamientos «orgánicos», nos muestra la crisis de un tipo de catalanismo que quería mantenerse -con Cambó al frente- en pleno equilibrio político ante el franquismo (¿sería comparable esta situación con la época de la Dictadura de Primo de Rivera cuando Cambó escribe en 1929 *Les Dictadures?*). En efecto, Cambó representaría un no compromiso con el franquismo, pero tampoco una decidida política antifranquista. La monarquía de Don Juan era una salida; pero con la CEDA de Gil Robles disconforme hacia el posicionamiento conciliador con Franco de Joan Ventosa. Todo este mundo de vida ideológico queda demostrado con el análisis de la obra *Tradicció i Revolució* de Ramon D'Abadal con un posicionamiento antirrevolucionario en el período 19:36-1939 porque se atentaba contra los principios de la paz social. Éste sería el núcleo -a través del cual creo que se da a entender el ensayo que nos ocupa- que articularía todos los intentos de vertebrar la Lliga desde el exilio; pero el contexto internacional después de 1945 -con el auge de fuerzas de izquierda nacionalista ¹⁶ y de sectores conservadores que no abjuraron del republicanismo como Solà de Cañizares, bien reportado por Riquer- y la muerte de Cambó el 30 de abril de 1947 hicieron imposible el intento (de otra parte bastante insostenible -ante un marco de profundo cambio social y político de los futuros años cincuenta- con la filosofía del *Tradicció i Revolució*). En cualquier caso la actitud de la [Jiga Catalana entre 1936-1947 no sería novedosa porque como refiere explicativamente Borja de Riquer, citando al periodista Agustí Calvet, su trayectoria se determinaba por la «conveniència practica» (1996, p. 266). Lo que indica esta biografía política del Cambó quizás más significativo, por cuanto acumula toda una trayectoria de un catalanismo intervencionista en el Estado español, es que ese mismo intervencionismo se vio absolutamente marginado

¹⁶ Parece contrastado que a partir de la década de los años cincuenta se constata la articulación de nuevos espacios políticos nacionalistas de izquierda que significan una cierta ruptura generacional e ideológica (asunción generalizada del marxismo y del anticolonialismo) con el sistema de los partidos republicanos nacionalistas de pre-guerra. Un buen ejemplo de ello es el estudio del surgimiento de un nuevo movimiento nacionalista en Catalunya (Front Nacional de Catalunya-PSAN), Euskadi (ETA-LAB) y Galicia (PSG-UPG), sistematizado por Fermí RUBIRALTA CASAS, *El nuevo nacionalismo radical. Los casos gallego, catalán y vasco (1950-1973)*, Lizarra, Gakoa Liburuak, 1997.

en la coyuntura del franquismo más duro entre 1939-1942, que Riquer interpreta como una etapa de «interinitat política i frustracions». La incertidumbre, pues, hacia una actitud abierta hacia el Nuevo Régimen se vio concretada con el crepúsculo de Cambó y de los sectores de la Lliga que veían en Franco un preservador de la tradición frente a la revolución. Este compromiso final con el orden social explicaría también la impotencia del resurgir de la Lliga, que en cualquier caso tendría su horizonte en «restablecer» un orden político semejante al de 1918 con un Gobierno de concentración nacional compatible con un catalanismo depurado «d'alguns extremismes» (1996, p. 334).

Como conclusión indicaría que la tendencia historiográfica sobre el nacionalismo (catalán) desplaza consideraciones ideologistas para situarse en investigaciones de trayectorias concretas. Por ello asistimos a la superación de generalidades teóricas —¿que contrapuntarían la tesis del postnacionalismo en un marco de no cuestionamiento de los estados nacionales?—¹⁷ en favor de trabajos de campo que analizan perfiles biográficos determinados o movimientos políticos en ámbitos cronológicos que vienen a demostrar que no puede establecerse una generalización «del» nacionalismo, sino que hay que plantearse reflexiones sobre (programas de estrategia) *nacionalistas* y localizaciones territoriales-comarcales¹⁸. De esta manera los casos compendiados —en

¹⁷ Como manifestación de voluntad cohesionadora de un marco nacional común a partir de los Estados existentes cuestionando, pues, una identidad postnacional, vinculando la propuesta nacionalista [de las naciones sin estado] con una práctica insolidaria, el sindicalista de Comisiones Obreras, Antonio Gutiérrez, identificó construcción nacional española con un bloque ideológico de izquierdas, contestando la reivindicación nacionalista de las naciones peninsulares e identificando el proyecto de Europa de los Pueblos/Regiones económicas con intereses del capital transnacional: «La izquierda se tiene que sacudir muchos complejos y con la cabeza muy alta tiene que conciliar la identidad cultural de los pueblos de España con la necesidad de cohesionarla como nación [...]. El nacionalismo político es la expresión de la insolidaridad económica y social y el empobrecimiento cultural de sus pueblos. [...] Concibo una España cohesionada porque creo que es imprescindible para avanzar en la creación de los Estados Unidos de Eitropa. Que nadie se engañe, la Europa de las regiones es un invento de las multinacionales. La unidad europea sólo puede surgir de los actuales Estados miembros [...]», *La Vanguardia*, 2 de abril de 2000, p. 22.

¹⁸ Un estado de la cuestión bibliográfica sobre estudios del catalanismo, planteando la impOltancia de la relación y comparación entre ámbitos (de capitales) comarcales y locales, con el fin de concretar las etapas de socialización territorial de su práctica política y cultural en Pere ÀNGUERA, «El catalanisme en la historiografia catalana», *Recerques*, núm. 29 (esp. pp. 73-74).

sus visiones y coyunturas diferenciadas- ofrecen elementos para construir una historiografía *comprehensiva* de aspectos sociales¹⁹ que, como el nacionalismo, nos es coetánea. El objeto de nuestro análisis es la dialéctica sobre lo concreto.

¹⁹ Me refiero -en una dirección que apelaría a una cierta «historia total»- a la tendencia que propone estudiar la dinámica del catalanismo a través de factores explicativos que superen el debate estrictamente doctrinal para contextualizarlo social y políticamente. Cfr. Borja DE RIQUER, "Per a una historia social i cultural del catalanisme contemporani", en *Le discours sur la nation en Catalogne aux XVI^e et XVII^e siècles. Hommage à Antoni M. Badia i Margarit*, París, Éditions Hispaniques, 1995, p. 155.